

Ingerencia y repercusión de programas pedagógicos en la prevención e intervención de las drogas

Marco Fidel López Fernández
Fundación Universitaria Luis Amigó

Segundo Seminario de Investigación Interdisciplinaria sobre drogas

Manizales, Noviembre 12 y 13 de 1998

Al momento de abordar el tema propuesto, es necesario establecer algunas precisiones que ayudarán a una mayor claridad en el manejo de los conceptos y a una mayor fluidez en la interlocución acerca de los hechos.

La verdad es que siendo la droga una realidad tan antigua como la presencia del hombre sobre la tierra, sólo en una época relativamente reciente se ha venido problematizando la relación del ser humano con las sustancias capaces de generar dependencia. Y si bien es cierto que el discurso sobre las drogas desde la perspectiva de su problematicidad ha avanzado considerablemente, de manera especial durante los últimos treinta años, no es menos cierto que todavía se trata de un discurso incipiente en búsqueda de una difícil solidez y coherencia.

De otra parte hay que tener en cuenta el hecho de que el consumo de sustancias psicoactivas, conduzca o no a lo que técnicamente se denomina como adicción o farmacodependencia, pasa de ser un simple hecho para adquirir características de fenómeno, y termina convirtiéndose en problema. Este último tiene connotaciones de multicausalidad y multiconsecuencialidad, lo cual a su vez implica que su abordaje tanto teórico como práctico se lleva a cabo desde la interdisciplinarietàad.

Entrando ya en el tema de la ingerencia y repercusión de programas pedagógicos en la prevención e intervención de las drogas, ya la formulación misma permite avizorar un amplio panorama de realidades de las cuales se derivan múltiples consideraciones. De hecho la Pedagogía ha sido y seguramente seguirá siendo una de las disciplinas con mayor capacidad de aporte sobre el asunto tanto desde la dimensión del pensamiento como desde la dimensión de la adicción propiamente como tal.

En el plano de la prevención los programas pedagógicos han sido convocados constantemente para colaborar en la promoción de la calidad de vida de los miembros de la comunidad.

En manos del estamento educador ha sido puesta tradicionalmente la responsabilidad de adelantar acciones tendientes a esos objetivos. Ya el Estatuto Nacional de estupefacientes en el año de 1986 establecía de manera clara y precisa que los establecimientos de enseñanza tanto públicos como privados debían incluir en sus respectivos proyectos acciones preventivas, así no se especificase claramente en qué debieran consistir ni con qué intensidad debieran de llevarse a cabo. Eso en cuanto a la llamada educación formal.

Desde el punto de vista de la educación no formal las acciones preventivas representadas por actividades aisladas o por campañas sistemáticas, se han diseñado y ejecutado desde la perspectiva pedagógica. Aquí han entrado en juego de manera decisiva los medios de comunicación, considerados siempre como eficaces instrumentos de penetración, capaces por su misma razón de ser de surgir actitudes y promover valores relacionados con la calidad de vida fuera o más allá de las drogas.

En cuanto a la ingerencia y repercusión de programas pedagógicos en la intervención de las drogas, Colombia parece representar un hecho realmente típico a la luz de la reciente historia. Primero se consideró al consumidor como un delincuente, y en consecuencia las acciones frente al mismo se caracterizaban por la intervención desde lo penal. Con posterioridad se impuso el modelo médico y las acciones proyectadas vinieron iluminadas desde las ciencias de la salud. Últimamente, con el establecimiento en el país de las comunidades terapéuticas, la intervención se orienta desde plano pedagógico.

Las comunidades terapéuticas surgen en Inglaterra durante los años cuarentas por iniciativa de un grupo de psiquiatras encabezados por Maxwell Jones. Más tarde, hacia finales de los años cincuentas, aparecen

en Estados Unidos, las primeras comunidades terapéuticas para atención a sujetos afectados por el consumo abusivo de sustancias capaces de generar dependencia, especialmente para atención a heroinómanos. Con posterioridad la oferta de programas de esta naturaleza se amplió para dar cobertura a núcleos afectados por otro tipo de drogas, y hoy ya se reconoce la presencia de este tipo de servicio prácticamente en todo el mundo.

Ya no es difícil aceptar que la comunidad terapéutica constituye en nuestro tiempo un auténtico hecho histórico y un verdadero fenómeno social.

Sea que este tipo de institución resulte referido en términos generales a la salud, en cuanto espacio apropiado para el restablecimiento de personas afectadas por trastornos físicos y psicológicos, sea que se lo relacione directamente con el fenómeno de la farmacodependencia como conducta a modificar, la verdad es que la comunidad terapéutica a lo largo de la segunda mitad del presente siglo desarrolla un conjunto tan vasto de acciones que difícilmente la posteridad y la ciencia podrán desconocer.

Como hecho histórico, la comunidad terapéutica hace parte del legado de los tiempos modernos. En cierto modo, para utilizar un lenguaje conocido y familiar, la comunidad terapéutica es uno de los signos de la época.

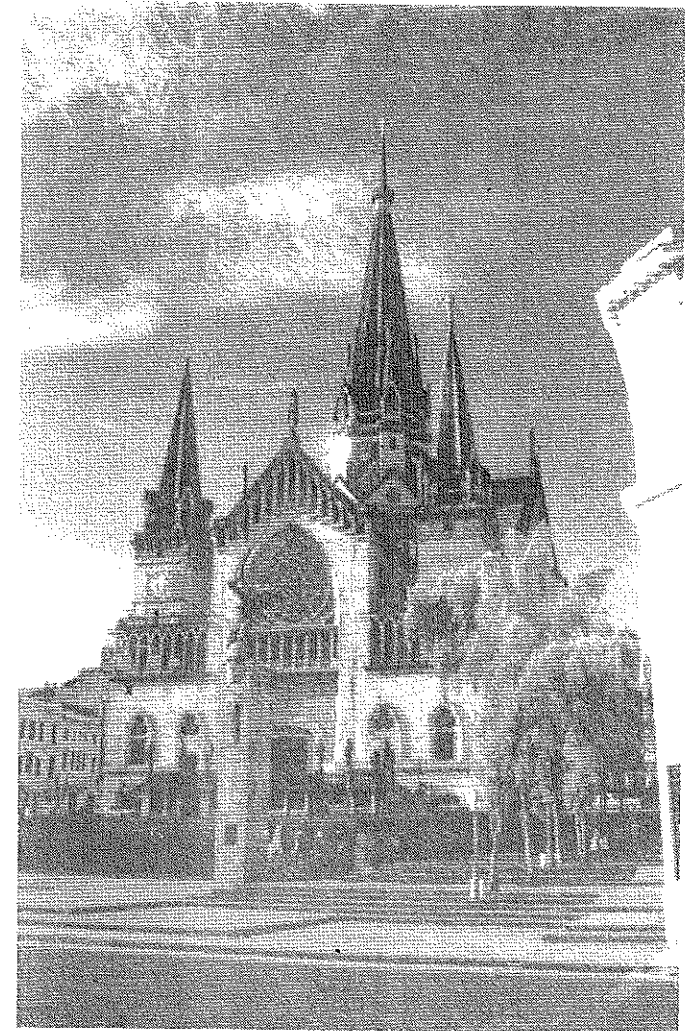
Desde su dimensión de fenómeno social, la comunidad terapéutica representa los más variados matices dentro de una singular unidad de base ideológica. Obedece integralmente al principio filosófico que reconoce la instintiva condición gregaria del hombre, y se afirma sobre el axioma de que el hombre no puede vivir solo. La comunidad terapéutica se apropia de toda la experiencia que el hombre primitivo acumuló, que el hombre del medioevo reforzó y que el hombre moderno tecnificó en relación con la convivencia, la solidaridad y el amor.

Este tipo de instituciones constituyen fundamentalmente proyectos pedagógicos que apelan a procedimientos terapéuticos sin menoscabo de su basamento profundamente educativo. Al interior de las comunidades terapéuticas se trabaja sobre los valores y se organiza un espacio dentro del cual el ser humano pueda revisar siquiera una vez en su existencia el personal proyecto de vida.

Cuales sean los resultados de la acción ejercida en nuestro medio por los programas educativos que se orientan hacia la prevención e intervención de las drogas es imposible de cuantificar. Hay una gran diversidad de criterios para determinar resultados en este campo, y sería aventurado

lanzar datos cuando no se está en capacidad de argumentarlos suficientemente.

De todas formas un gran esfuerzo se ha hecho y ha quedado por ahora demostrado que el empeño no ha sido en vano.



Catedral Basílica
Manizales - Caldas